

La democracia social posible: una izquierda “tacuba”¹

Andrés Lajous²

Tras las dificultades de los intentos partidistas que se han asumido explícitamente socialdemócratas en nuestro país, Democracia Social (DS) en el 2000, México Posible (MP) en el 2003 y Alternativa Socialdemócrata (AS) en el 2006, sus promotores frecuentemente se topan con una frase que aunque es común se esconde tras un tono de reflexión profunda y profecía concluyente: “En México, la socialdemocracia es imposible”. Me es difícil pensar que la socialdemocracia en México es imposible, pues no creo que nada lo sea. Sin embargo en este texto intentaré de explicar por qué hasta ahora la interpretación particular que se ha hecho de la socialdemocracia en México ha logrado poco cuando ha insistido en serlo, y puede lograr más si se da la oportunidad de explorar caminos definidos de manera menos específica pero que al mismo tiempo mantengan su capacidad de ilusión.

Dos eventos internacionales provocaron una interpretación particular de la socialdemocracia para México. Por un lado, el más evidente, el fin del “socialismo real”, y por el otro lado la transición española. En el primer caso, como en el resto del mundo, la crisis de las izquierdas a principios de los años noventa hizo inevitable que también en México cambiara su discurso de uno que aún enaltecía alguna forma de Revolución (con R mayúscula) y aceptaba a regañadientes los mecanismos de mercado como una etapa necesaria pero desagradable hacia el futuro post-capitalista, a un discurso que al hacer a un lado la profecía revolucionaria enfatiza la democracia sin calificativos, y acepta “el mercado” como inevitable, deseable y mínimamente regulable. La fuerza de esta crítica en México siempre fue ambigua debido a la presencia de un régimen que se llamaba Revolucionario pero que no lo era al estilo soviético. Es decir, la crítica que le funcionaba

1 Artículo publicado en la Revista Replicante 16 verano del 2008.

2 Integrante de Alternativa, Movimiento Político Nacional

a los mitos Revolucionarios de otras izquierdas no se podía hacer de la misma manera con los mitos Revolucionarios mexicanos. En el segundo caso, la transición española pone en operación estos cambios discursivos. Los acuerdos de la Moncloa, y después el gobierno del PSOE de Felipe González se convierten en un ejemplo para ciertas elites mexicanas. El atractivo de la interpretación socialdemócrata española de los años ochenta se centra en que la transición democrática va acompañada de un pacto, de distribución del presupuesto, que permite una mayor inversión en prioridades de izquierdas como salud y educación al subir impuestos, pero admite el espacio de las prioridades de derechas como la privatización, la apertura comercial, y la expansión del mercado. El éxito de los pactos españoles, convierte con el paso del tiempo a esa socialdemocracia primero en un modelo sensato, después en una fuga deseable, y por último en un muy repetitivo lugar común.

El intento intelectual más claro de la importación del modelo socialdemócrata español asume que su replicabilidad tiene que estar basada en la reinterpretación en clave socialdemócrata de actores políticos existentes. La formula la expuso con precisión Carlos Fuentes al insistir en que el portador natural del modelo español es el PRI renovado intelectualmente y no un PRD trasnochando (*El País*, 27/01/02). También encontró eco en otros entusiastas de los gobiernos socialdemócratas de los noventa en el mundo como el de Blair, Schroeder, y Clinton.

La expresión reciente de esta burda operación intelectual la ha llevado acabo recientemente José Fernández Santillán quien interpreta y promueve una coalición “socialdemócrata” entre una corriente del PRI, Nueva Izquierda del PRD, el partido Convergencia, y el ahora renombrado Partido Social Demócrata (PSD)³ (*El Universal*, 10/06/06). Sin embargo, la socialdemocracia descrita así, como un ideal detallado, merece ser cuestionada por el simple hecho de tener respaldo en casi todos los partidos políticos (y sus críticos) que existen en nuestro país sin importar su lugar en el espectro ideológico. A estas alturas entendemos como “sensato”; o a un PAN cercano a la democracia cristiana o mejor aún a la socialdemocracia; o a un PRI reformado que

3 Esta coalición particular la describió en un foro en la sede nacional de Alternativa Socialdemócrata el 30 de marzo del 2007.

recupere su legitimidad con un programa socialdemócrata; o a un PRD que se libre del pasado y se describa socialdemócrata. Es decir, la socialdemocracia como modelo político se ha convertido en una suerte de sinónimo de modernización política y utopía práctica generalizable, en la que cada quien expresa sus propios deseos sin cuestionar si son más individuales que comunes. Es así como también ha perdido su contenido democrático, pues no pretende ser un fenómeno histórico producido por la competencia democrática, sino una imposición intelectual de las elites al electorado.

La formulación política de la socialdemocracia en México, como una imitación local de una receta internacional, es lo que ha hecho que los intentos partidistas de DS, MP y AS vivan en una tensión entre una utopía detallada para las elites, la condición existente de la práctica política cotidiana, y la presión de un cambio cultural empujado por un cambio generacional. Las dificultades o fracasos de la corriente política expresada en estos tres intentos partidistas ha estado justamente en la incapacidad de sus integrantes y dirigentes para resolver estas tensiones. En muchas ocasiones cuestionamos poco el significado intelectual y político de la socialdemocracia en México⁴, en otras resistimos de manera ingenua, con afán democrático, a presiones de prácticas políticas poco democráticas -a veces las imitamos- y en algunos casos de manera exitosa, aunque inconclusa, aceptamos una parte del cambio cultural más amplio. Por lo tanto, tenemos que reconocer que tal vez parte del problema está en el bagaje histórico con el que carga el significado más común de la socialdemocracia en México, que se ha vuelto un deseo estático y no un futuro en construcción.

El riesgo de anhelar un futuro sin descripción particular es la incertidumbre del resultado al caminar hacia él. Por lo tanto, aunque el impulso para una socialdemocracia mexicana deseable y posible debe ser iconoclasta en el sentido de no detallar un resultado final, sí debe ser capaz de describir de manera amplia una utopía, una actitud, un método, y un programa. Es probable que el resultado no merezca ser llamado “socialdemocracia”, pero tal vez eso libere los intentos futuros de las tensiones mencionadas antes.

4 En algunos casos, esto más bien tenía que ver con un afán voluntarista de resignificar la socialdemocracia como producto local.

Un nuevo intento de configuración intelectual de las izquierdas (socialdemócrata) mexicanas debe de tener una utopía rortyana, una actitud ungeriana, un método hirschmaniano, y un programa tacuba. En el caso de la utopía la imagino rortyana en el sentido que Richard Rorty las describe como,

...la esperanza de que algún día, en cualquier milenio, mis descendientes remotos vivirán en una civilización global en donde el amor será básicamente la única ley. En tal sociedad, la comunicación estaría libre de la dominación; clases y castas serían desconocidas; la jerarquías serían asuntos de conveniencia pragmática temporal y el poder estaría enteramente a disposición del argumento libre...

La virtud de mantener una utopía banal y radicalmente democrática es que sirve como estrella polar frente a la acción política cotidiana que es flexible y no como un resultado predeterminado. Aún así, la banalización y democratización de la utopía no es suficiente, se necesita también tener una actitud que invita a correr riesgos y provocar activamente la imaginación. Esta actitud es la de Roberto Mangabeira Unger cuando describe en términos ultramodernos a la sociedad como un artefacto que se imagina y se construye. Es decir, desnaturaliza el mundo que conocemos por completo, para convencernos de que cualquier mundo imaginable se puede construir, ya que si naturalizamos la condición existente de la sociedad dejamos muy poco margen para hacer de la política una auténtica herramienta de transformación. Esto también tiene un componente radicalmente democrático, pues al relativizar los mundos posibles rompe con el autoritarismo de la determinación histórica o ideal. Pero esta actitud ungeriana de reconstrucción imaginativa no es suficiente, y necesita en términos prácticos ser apoyada por un método creativo hirschmaniano para tener capacidad de innovación práctica. Albert O. Hirschman describe un principio de creatividad de la siguiente manera:

La creatividad siempre nos toma por sorpresa; entonces nunca podemos contar con ella y no podemos creer en ella hasta que ha sucedido.

En otras palabras quienes como resultado de un sesudo análisis concluyen o que la socialdemocracia es imposible en México, o que las izquierdas no pueden romper con sus inercias propias tienen muy poco por intentar. Por lo tanto frente a realidades

desesperanzadoras necesitamos de una dosis de autoengaño para proponer cosas nuevas que sin duda son un difícil trabajo de filigrana.

Hasta aquí, con la utopía sin detalles pero con límites, con la desnaturalización de la sociedad, y con el énfasis en la creatividad, podremos tomar el impulso para desprendernos de pulsiones conservadores que suelen refugiarse en el cinismo de sueños frustrados. Sin embargo, para cualquier configuración política un programa de corto plazo es lo que genera la movilización que la construye. Este programa tiene que ser creado desde la sociedad, pero que al mismo tiempo la recrea manteniendo los criterios de libertad, igualdad, y democracia implícitos en la utopía rortyana. Para esto, un programa tacuba.

En 1994 salió el álbum Re de Café Tacuba en el cual se expresan una serie de posturas ideológicas que reflejan un cambio generacional y en consecuencia un cambio cultural. Un programa tacuba es feminista (con la burla al machismo en *Ingrata*), ambientalista (con el sentido reclamo conservacionista de un ex-ingeniero en *Trópico de Cáncer*), post-colonial (en *El Fin de La Infancia* donde “...ahora quiero ser dueño de mis pasos de baile...500 años frustrados creo que ya fue gran medida...”), y defensor de los derechos de la comunidad de LGBTT (*El Baile y el Salón*, “...de hombre a hombre voleuz-vous coucher avec moi?”). No todo el programa tacuba está contenido en Re, y sigue en Yo Soy al ser igualitario (en la crítica de *El Ave*, que logra dilucidar a “dos razas viviendo en paz la más pequeña oprimiéndonos a los demás”), entender la creatividad cultural como un trabajo colectivo (“...el ejido en medio de mis oídos...” en *Flores del Color de la mentira*), y más recientemente en SINO al invitar a la tolerancia (*De acuerdo* “...estemos de acuerdo en no estar de acuerdo...”)y exigir una democracia con calificativos (“...nada de ciudadanos de segunda...en un mundo de primera...” en la sarcástica *Gracias*). En conjunto más que una socialdemocracia, el resultado podría ser el de una *democracia social*, es decir una democracia que se filtre en todos los ámbitos de vida cotidiana, donde los patrones han muerto, y desde *El Balcón* se vean las tierras que de todos son.

Cargar una propuesta en la izquierda de tanta especificación intelectual puede ser contraproducente. Sin embargo espero que al pedir una utopía banal y radicalmente democrática, una actitud imaginativa, un método creativo y un programa tacuba para las izquierdas mexicanas por lo menos logre causar alguna reflexión sobre la visible imposibilidad de la socialdemocracia en México, y la más probable posibilidad de una socialdemocracia mexicana que lo sea al dejar de intentar serlo.